

## La majada

Sara Margarita Esparza Ramírez

Desde el umbral del pasillo largo de la vieja casona se le veía menearse con reverencia y altanería. Con un garbo que les ganaba la voluntad a todos. Chonito corría desaforado. Este muchacho despabilado —decía el tata Fidel—. Pero lo sabido es que Chonito quería de la vida nomás lo que el viento en lo alto del cerrillo Gordo le traía hasta su nariz: el rocío, la brisa, las hojas, las gotas de lluvia, los olores y lo que no olía ni tentaba pero reconocía: los hermosos colores estacionales. Desde esa ladera podía observar todo el pueblo de Malladar, soñaba con construir una cabaña en la meseta, eso si su abuelo lograba convencer al consejero de vigilancia ejidal, pues no había forma de comprar un terreno en el cerro y en palabras de don Rutis: «Ni ley que amparara su venta». Era el ladino perfecto, escurridizo tanto a trote puro como a caballo, lo mismo daba que anduviera en bicicleta. Incluso el tractor resultaba uno de los transportes más rápidos en su mente, cuantimás el caballo y la bicicleta, medios de placer y adrenalina. Cuando tata Fidel lo subía a los cuacos y se tomaba de las crines volaba y volaba, se veía siendo un muchacho valeroso que rompía los vientos a todo galope. Y lo orgullosos que sus abuelos estarían de él.

Su niñez transcurría entre las majadas, los chamizales y los cerros que delimitaban el ejido. Un día, su abuelo lo mandó a buscar los pertrechos que habían dejado escondidos. Tata Fidel era testarudo y lograba crear en la cabeza de Chonito la idea de que los azadones y las palas eran tesoros, después dejaba señales para saber dónde estaba el botín. El niño anidaba bagatelas sobre la luciérnaga que anunciaba el lugar donde se resguardaba el dinero, las aguas mágicas del pocito de Mascorro, las ánimas en pena que custodiaban los dineros como el de Miguelito Anguiano. Mientras caminaba, recordaba las historias que su abuelo le contaba; los decires no eran lo maravilloso, sino los refulgentes ojos y los movimientos dancísticos al mero estilo de los de *Mesillas*, que hacía que aquel anciano bailara como si fuera parte de la composición de un ritual indio, una mazurca o un baile africano.

Cada paso era esperanzador, mas el camino se alargaba, esa terracería que atravesaba los cerros, que los rompía exactamente por la mitad, las piedras en sus huaraches se hundían y le empezaban a colmar la paciencia, el sol calaba y lo encandilaba, su mente comenzó a hacer lo habitual.

—Ojalá que me alcance alguien —decía para sí mismo—. Mala suerte la mía, la bicicleta sin aire ¡Bah! De segurito que está ponchada. Si al menos Isma hubiera estado, me habría prestado su bombilla, así ya estaría llegando a las parcelas.

—Éita, niño —se escuchó una voz, pero Chonito ni caso hacía. Lo distraído no era parte

de los estragos del cansancio, sino una de sus habilidades, pues con un tanto de orgullo decía que era habilidoso; así nombraba sus desparpajos mentales.

—Niño, éita, tú.

—¿Yo? —respondió Chonito, asombrado, al tiempo que giraba su cuerpo, pues nunca vio de dónde salió y aún sin ver en su totalidad aquella extraña y resplandeciente figura no le inquietó.

—Sí, tú. ¿Acaso ves otra alma por aquí?

—¡En todo lugar podría topar con un alma en pena! ¿No lo sabe? Dice tata Fidel que estos montes están llenos de desgracias y de tormentosas historias. Mi amá Mica dice que son las ánimas, ni más ni menos. Pero ella me ha dicho, para que no tenga miedo eso creo, que no hacen males.

La figura, muy cercana a la de una mujer, solo meneó la cabeza de lado a lado con un dejo de incredulidad, hasta parecía que había arqueado las cejas.

—Necesito un favor.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Mi caballo no ha querido seguir caminando, está en la espesura de esa majada.

Chonito, un tanto desconcertado pero curioso como él solo, esperaba saber qué había ahí para él.

—¿De la gran majada? ¿Y cómo habría yo de ayudarlo? Con esta estatura no es posible trepar hasta las ancas del caballo sin ayuda, mucho menos sé de amansar animales. Muy apenas mi tata Fidel me enseñó a reconocer su relinchido para saber si están tristes o contentos.

Veía a la dama con una mirada de machaca. El atardecer ahora le permitía verla con mayor claridad, aunque poseía una belleza sorprendente su piel se le enchinaba, sin saberlo y menos percatarse de ello. Sus atavíos eran muy diferentes, incluso podría decirse que elegantes, sin siquiera haber visto a una mujer con apariencia similar. Las mujeres de su pueblo, su amá Mica y su mamá, que diosito se llevó cuando él apenas gateaba, tenían otros también bonitos, pero no iguales. A su madre solo la recordaba gracias a un viejo retrato que constataba lo que su mente le traía.

—Habla con mi caballo, reconoce su relinchido y convéncelo de salir. En el fondo de la majada hay un pequeño pozo, puedes quedarte con mi cofre, ya no hay que escarbar nada, solo tómallo, será tu recompensa por ayudarme.

—Sabe usted que la gran majada es muy conocida por sus añagazas. Nadie ha llegado a su centro, nadie ha salido de ahí, ni los más amaños del pueblo se atreven a cruzarla, pues dicen que hace unos cien años ahí pasaron cosas muy raras. Tata Fidel nos contó que su papá, don Aurelio Alsuma, hablaba del cómo la casa de Cande había quedado sola, la conocían como la ama de los caballos, pues según cuentan tenía un poder sobre estos animales que daba a decir que los conocía y por eso ellos atendían a su llamado. Era una señora que nunca apalabró con ningún hombre ni dio para su descrédito. Para no hacer el cuento largo, ella desapareció. Lo último que encontraron de ella fue su caballo a la entrada de la majada, a la cual bautizaron con dicho nombre. ¡Hum! ¿Usted quiere que entre yo solito? ¿Por qué no le habla a su caballo? Cualquier caballo correría abarustado, ningún animal entra por su voluntad. Mi amá Mica dice que solo los recuerdos nos dañan, quizá yo tenga muchos porque ahorita esas palabras me raspan el cogote. También dice que los idos son los únicos que pueden mirar hacia el cielo sin soñar con el mañana. Yo no le entiendo del todo, pero por algo me dice esas cosas.

—Total, no te insistiré. Iré con mi caballo —dijo la dama y se encaminó al llano—.

—Yo no dije que no lo haría, le platico lo que me dijeron y las leyendas que corren por estos lugares, usted no es de por aquí ¿verdad?

—Entonces, ¿tenemos un trato?

—Sí.

Las entrañas se le revolvían, quería echarse atrás. Sin embargo, el tata Fidel era de los de antes y le había enseñado que sin importar nada debía cumplir su palabra y más frente a una señora. Se internó en la majada. A pesar de la estatura pudo advertir que la oscuridad era mayor a cada paso y a cada segundo, tardaba una eternidad su diminuto pie entre que se levantaba y volvía a caer al suelo. Sentía escalofríos y una soltura en todo su cuerpo, sabía que caminaba pero ya no tentaba el suelo, ya no daba tropezones ni las piedras se enterraban en sus huaraches. Llegó al centro y en efecto, ahí encontró el baúl, a la luciérnaga y también el declive del atardecer. Lo único que no encontró fue el caballo; después de tomar el cofre, tampoco el camino de regreso. La luciérnaga intentó devolverle un poco de claridad, pero no pudo.

Amá Mica sigue hablando con Chonito mientras asegura que cada 12 de mayo llega cansado y se escucha clarito el sonar de las palas sobre los azadones que fue a buscar. Tata Fidel la escucha hablar y calla.